

íntegro el estudio espléndido que de ese drama hizo el insigne literato que por todos es llamado cariñosamente el Maestro, porque todos hemos aprendido de él casi cuanto sabemos. Pero por si alguien hubiese extrañado el origen humildísimo del teatro español, copiaré de esa crónica del Maestro lo que sigue, para que lo compare con el del inglés:

“En la época de Shakespeare ya había algunos teatros en Londres, y en el pueblo inglés era ya viva la pasión por los espectáculos. Pero el atraso era grande: las maquinarias eran groseras y bárbaras, las decoraciones peores que las de los tablados de nuestras aldeas, y á veces un rótulo hacía las veces de perspectiva. Con dos espadas y un escudo se representaban ejércitos; con el redoble de un tambor una batalla; con un ramillete un jardín. La imaginación del público era más bien el maquinista.

“El teatro del *Globo*, del que fué empresario Shakespeare allá por 1603, era un especie de torre, construída sobre un terreno fangoso en los bordes del Támesis, rodeada de un foso lleno de lodo, y en la que podían entrar pobres y ricos, pagando seis peniques, dos ó uno. Los gentiles hombres podían estar al abrigo de la lluvia en la escena, y aun tener un escabel si pagaban un shelling. El populacho veía las representaciones en pie y mojándose cuando llovía. Bebíase cerveza dentro del teatro, se comía fruta, se jugaba, se fumaba, había riñas, y el público tenía en medio del patio, para los usos respectivos, un gran inodoro, cuya pestilencia era motivo de frecuentes insurrecciones. Para tal auditorio había dignos actores, chocarreros, libres, silbados ó apedreados, pero á veces insolentes y que concluían á puñetazos en ocasiones, sus farsas y sus mímicas.

“A Shakespeare se debió que los teatros hubieran comenzado á reformarse, á hacer uso de mejores máquinas y á representar piezas de mayor interés, aunque antes de él la literatura dramática inglesa fuese ya bastante rica. Los actores entonces, vivían en la abyección y no se diferenciaban de los histriones, no teniendo los magistrados inconveniente en mandar cortarles las orejas muchas veces. Ya en España, el teatro estaba más adelantado y comenzaba el siglo de oro de la literatura. Vivía Cervantes y nacía Moreto.”

Esas noticias las tomó el Maestro de la magnífica historia de la literatura inglesa, escrita por Tain.

CAPITULO III

1867—1868

Hablar de teatros y no hacer referencia á la literatura en general, es punto menos que imposible, siquiera se trate de un libro tan sin pretensiones como éste, que debe su publicidad, aun sin ser digno de ella, al deseo de complacer á quienes no han querido ver dispersarse los datos por mí recogidos en muchos años de ímproba é incesante labor.

Pero las tales referencias son por demás difíciles de hacerse, por quien como yo carece de méritos y cualidades que le autoricen á juzgar de los de aquellos que sin duda los tienen superiores, y por quien conociendo el *genus irritabile vatum*, no quiere, cuando ya se siente viejo, batallar en torneos de amor propio, más expuestos y reñidos que los librados por los antiguos paladines de su Dios, de su rey y de su dama.

De este exordio, que no deseo prolongar para que no se estime fingida modestia lo que es paladina confesión de carencia de méritos, se deduce que procuro previamente disculparme de cuantas omisiones haya de notar el lector, aun el más benévolo, en lo que va á seguirse.

Quizás coordinando ciertos pormenores y noticias aquí y acullá esparcidos en precedentes capítulos, pudiera intentar algo de lo que estoy cierto no voy á hacer; mas válgame mi repetida disculpa de que en la naturaleza humilde de mi libro no caben fácilmente ciertos detalles, y pasemos á tratar de las *Veladas Literarias*, inolvidables, por lo menos para quienes fuimos testigos de sus esplendores.

Verdaderamente, su carácter y organización fueron de tal naturaleza que nada que pueda serles semejante se encuentra en las memorias literarias de México.

No hecha, ni siquiera iniciada la Independencia, preséntase como primera agrupación de hombres de letras entre nosotros, la *Arcadia Mexicana*, de la que ya he dicho algo, con su órgano en la prensa el *Diario de México*: hay, sin embargo, quien cite la existencia de otras que parecen haber llevado los títulos de *La Encarnación*, *San José* y *San Felipe Neri*. La *Arcadia* se honró inscribiendo en sus catálogos los nombres de Fray Manuel de Navarrete (*Anfriso*), D. Anastasio

de Ochoa (*Antimio*) y algún otro más ó menos ameritado, pero nunca tanto como éstos. No entraré ciertamente á discutir la importancia de esa asociación; mas no creo que ninguna de sus sucesoras haya motivo para tenerle envidia. La falta de inspiración y estro poético corría competencias con las más vulgares faltas prosódicas y con la vaciedad de los asuntos puestos en verso, casi siempre de arte menor.

Tan usuales eran esos defectos y de tan inconsciente modo se cometían, que un antiguo biógrafo de Ochoa, dice: "Algunos años después de la Independencia apareció en México la prosodia castellana de D. José Sicilia, cuyos ejemplares causaron una revolución tal en nuestra poesía, que los que entre nosotros habían pulsado la lira, avergonzados de haber incurrido por tanto tiempo en defectos tan leves, se apresuraron á beber aquellas lecciones, á corregir faltas de tan poca monta en sus composiciones pasadas, á precaverse de volver á incurrir en ellas, y á tributar elogios al que había derramado una luz tan viva sobre un punto que tanto hace ganar á la versificación en suavidad y dulzura, de cuyos elogios aun nos queda una hermosa oda del Sr. D. Francisco Ortega. Ochoa corrigió según ellas sus composiciones para su edición de dos tomos impresa en Nueva York en 1828."

Ya independiente México, empiezan á producirse ó revelarse verdaderos poetas, y D. Francisco Manuel Sánchez de Tagle, D. Francisco Ortega y D. Andrés Quintana Roo, al par del ilustre cubano D. José María Heredia, honran con excelentes poesías las páginas de *El Observador*, *El Amigo del Pueblo*, *La Minerva*, *El Recreo de las Familias*, y varios periódicos políticos como *El Sol*, *El Aguila*, *El Correo de la Federación* y otros, entre una multitud de *versistas*, infames en los asuntos, detestables en la forma.

Viene después 1836 con la fundación de la meritísima *Academia de Letrán*, y síguele *El Mosaico Mexicano*, publicación editada por D. Ignacio Cumplido, que abraza con algunas interrupciones, los años de 1837 á 1842. Reducido en un principio ese semanario de variedades á la inserción de artículos extranjeros que á su traductor parecían curiosos ó interesantes, fué poco á poco mejorándose ó *mexicanizándose*, y con gusto del lector y con gloria de las letras, abundan allí las firmas de José Joaquín Pesado, Ignacio Rodríguez Galván, Juan N. Lacunza, Wenceslao Alpuche, Manuel Tossiat Ferrer, R. Olarte, Antonio Larrañaga, José Gómez de la Cortina, Guillermo Prieto, José Bernardo Couto, José María Lacunza, José María Lafra-gua, Manuel Carpio, José Joaquín de Mora, José María Tornel, Vicente Calero Quintana, V. Roa, Luis G. Cuevas, Fernando Calderón, Casimiro del Collado, Rafael Enrique Laso, José María Gironi, P. Almazán, Manuel Payno, M. Alcalde, Félix María Escalante y Juan

Díaz Covarrubias. Varios de ellos figuran en los tomitos de *El Año Nuevo*, de 1837 á 1839.

Sucedo al *Mosaico*, y también editado por Cumplido, *El Museo Mexicano*, de 1843 á 1844: á muchas de las firmas que acabo de copiar unen las suyas en el nuevo semanario de literatura, Ramón I. Alcaraz, Juan N. Navarro, Agustín A. Franco, Alejandro Rivero, Mariano y José María Esteva, Fernando Orozco, Alejandro Arango, Manuel Díaz Mirón, M. Inda, José de Jesús Díaz, José Sebastián Segura, José María Roa Bárcena, Román Alatorre, Vicente Segura y Carlos Hipólito Serán.

Por la misma época de 1841 y 1842, *El Semanario de las Señoritas* editado por García Torres, *El Liceo Mexicano* por Lara, y el *Repertorio de Literatura* por Miguel González, á su turno unen muchas de las citadas firmas con las de F. Gavito, Nicolás García de San Vicente, José Mariano del Castillo, Andrés Nieto, Rafael Cansola, Joaquín Pérez Comoto y Manuel M. Zamacona.

Así vinieron sucediéndose las primeras generaciones literarias dignas de ese título, dicho sea con todo el respeto que acordarse quiera á las puramente coloniales, en las que, por más que nos esforcemos, salvo los Vela y los Soria y los eminentes Sor Juana y Alarcón, sólo tropezamos con ridículo culteranismo ó prosaica llaneza. De la época relativamente más feliz del *Diario de México*, apenas pueden entresacarse Navarrete y Ochoa, pues aunque en ella comenzó á brillar Sánchez de Tagle, más bien debe clasificársele en la primera generación independiente.

La Falange del Estudio y el *Liceo Hidalgo*, en 1850 y 1851, tienen por órgano *La Ilustración Mexicana*, también de Cumplido, regentada por el insigne Francisco Zarco. En ese semanario firman Joaquín Téllez, Emilio Rey, Luis Gonzaga Ortiz, Manuel Zamacona, Félix María Escalante, Francisco G. Bocanegra, Marcos Arróniz, Guillermo Prieto, Fernando Orozco, José T. de Cuéllar, Pablo J. Villaseñor, Epitacio J. de los Ríos, José María Vigil, Vicente Calero Quintana, Francisco Granados Maldonado, Andrés Davis Bradburn, Manuel Orozco y Berra, Juan Mateos, Ignacio Algara, Francisco Orellana, Anselmo de la Portilla, Sebastián Segura, Dolores Guerrero, Manuel Peredo, Joaquín M. del Castillo y Lanzas, José M. Rodríguez y Cos, Pantaleón Tovar, José González de la Torre y Aurelio Luis Gallardo. En este extenso catálogo, que aun podríamos alargar con nombres como el de Juan Valle, figuran muchos de los de antiguo ilustres y muchos que lo eran ya ó lo fueron poco después.

Estos brevísimos apuntes se refieren, como ya se habrá comprendido, principal y casi únicamente á los poetas más ó menos señalados, y no debe por lo mismo extrañarse que en ellos falten los nombres de Fernández Lizardi ó *El Pensador*, con su *Periquillo* y sus fá-

bulas; Florencio del Castillo con sus sentidísimas leyendas, y algunos otros como ellos, buenos y distinguidos. Faltan también los de eminentes periodistas, pero no debo explorar aquí el no estudiado campo de la prensa, con su mal cultivado oasis colonial de la *Gaceta* y los vehementes papeles del año 1812 y de los primeros del gobierno autónomo.

Básteme decir que quien haya alguna vez recorrido la prensa de días post-trigarantes, envenenada con las escandalosas pasiones políticas de sus respectivas épocas, y registrado los libelos de 1826 y 1828, y las páginas de Ibar, Dávila y Bustamante, habrá visto que más que para enorgullecerse sobran causas para avergonzarse, y se habrá felicitado, con un experto escritor, de que los periódicos de 1840 en adelante, si bien más fríos y especuladores hayan sido también mucho más instructivos y decentes. No se busquen, pues, aquí, ni los nombres ni los méritos de los *La Llave*, *Santa María*, *Herrera*, *Couto*, *Olaguíbel* y otros, y los de sabios y literatos, cuales *Francisco Pimentel*, *José Fernando Ramírez*, *García Icazbalceta*, *Joaquín Arróniz* y tantos que con respeto y admiración pudieran citarse.

De la mitad del siglo en adelante, la lucha civil en que se resolvieron problemas políticos de la mayor transcendencia, dividió radicalmente la gran familia literaria, distinguiéndose la fracción conservadora por el valor y mérito de sus semanarios; de ellos únicamente señalaré en 1851 *El Espectador de México*, sostenido por los más distinguidos redactores de *El Universal*, y *El Observador Católico*; y de 1855 á 1858 el no bastantemente apreciado que llevó el título de *La Cruz*, escrito de admirable modo por *Pesado*, *Roa Bárcena*, *Segura*, *Carpio*, *Arango* y *Escandón*, *Couto* y algunos más. Pocas veces se ha visto una causa cualquiera defendida por más ilustres campeones.

Cuando en 1867, la de la Libertad, sin duda más propicia á Dios, hubo triunfado de su enemiga, y cuando al fin de más ó menos meses, fuéronse perdiendo en amigable lejanía los últimos ecos de espantosa tempestad política, editado por *Díaz de León* y dirigido por *Ignacio M. Altamirano* y *Gonzalo A. Esteva*, apareció, para opacar á todos sus predecesores, *El Renacimiento*, periódico literario redactado por cuanto entonces era ilustre ú ofrecía garantías de serlo, ó mereció ser honrado con la bondad de tantas eminencias. Al frente de esa redacción aparecieron *Ignacio Ramírez*, *Sebastián Segura*, *Guillermo Prieto*, *Manuel Peredo* y *Justo Sierra*.

En la colaboración figuraron, *Isabel Prieto*, *Gertrudis Tenorio de Zavala*, *Casimiro del Collado*, *Manuel Payno*, *Manuel M. Zamacona*, *Luis G. Ortiz*, *Vicente Riva Palacio*, *Ignacio M. Montes de Oca*, *Anselmo de la Portilla*, *Alfredo Chavero*, *José María Bandera*, *José Rosas*, *Luis Ponce*, *Aniceto Ortega*, *Pedro Santacilia*, *Ricardo Ituarte*, *Juan Clemente Zenea*, *Enrique de Olavarría*, *José María Ramírez*,

Julián Montiel, *Hilarión Frías y Soto*, *Francisco Villalobos*, *Emilio Rey*, *Joaquín M. Alcalde*, *Joaquín Téllez*, *José de Jesús Cuevas*, *Gustavo G. Gostkowski*, *Jesús Alfaro*, *J. Rodríguez y Cos*, *Luis G. Pastor*, *Rafael González Páez*, *Juan A. Mateos*, *Manuel López Meoqui*, *Esteban González Verástegui*, *Martín F. Jáuregui*, *Roberto A. Esteva*, *Pedro Landázuri*, *Feliciano Marín*, *Juan Pablo de los Ríos*, *Joaquín Arróniz*, *Niceto de Zamacoís*, *Eligio Ancona*, *Anastasio Zerecero*, *Joaquín Baranda*, *Guillermo A. Esteva*, *José Fernández*, *Crescencio Carrillo*, *Olegario Molina*, *Manuel de Olaguíbel*, *Antonio G. Pérez*, *José T. de Cuéllar*, *Santiago Sierra*, *Rafael de Zayas*, *Francisco Sosa*, *Eduardo Ruiz*, *José María Vigil*, *Manuel Sánchez Facio*, *Alfonso Lancaster Jones*, *Manuel Sánchez Mármol*, *León A. Torres*, *Gabino Ortiz* y *A. M. Rivera*.

Pero sin pensarlo nos hemos adelantado á hablar de *El Renacimiento*, que no empezó á publicarse sino en 1869, cuando nuestro relato no pasa aún de 1867, año en que se formó la brillantísima agrupación de escritores que hizo célebres las veladas literarias, y sostuvo el semanario *El Renacimiento*. Digamos, pues, cuáles fueron el origen y principio de ellas, cediendo la palabra al bueno y querido Maestro *D. Ignacio Manuel Altamirano*, quien en su *Revista de la Semana*, publicada en *El Siglo Diez y Nueve* de 7 de Enero de 1868, dice:

“Algunos amantes de las bellas letras han querido sacar más fruto de la tertulia que el recreo del ánimo, y determinaron reunirse cada ocho días para hablar de literatura y entregarse en el seno de la amistad á las sabrosas y útiles expansiones del espíritu. Fué *Luis Gonzaga Ortiz*, el tierno poeta y el amable narrador, quien tuvo el primero esta idea, acogida con entusiasmo por dos ó tres amigos á quienes la comunicó. A propósito de la lectura de una comedia de *Enrique de Olavarría*, invitó á algunos amigos para escucharla y hacer las observaciones que creyesen justas. En efecto, concurrimos, y tanto *Enrique* como nosotros quedamos asaz contentos de esa media noche, que nos pareció un minuto. ¡Tan deliciosa fué aquella sesión literaria!

“Algunos días después, con el deseo de repetir aquella agradable reunión, y con motivo de la llegada á México de *Guillermo Prieto*, de ese gran poeta en quien las desgracias no han podido apagar la llama del genio, nosotros también convocamos á un reducido número de amigos, para oírle alguno de los hermosísimos cantos con que su musa, siempre fecunda, ha enriquecido últimamente la literatura nacional.

“En esta sesión, pues, más concurrida que la anterior, se formalizó el pensamiento tanto tiempo acariciado por *Ortiz*; y él y *Cuéllar* formularon la proposición que establecía las reuniones semanarias, proposición que todos aceptaron gustosos y entusiastas, firmando en